

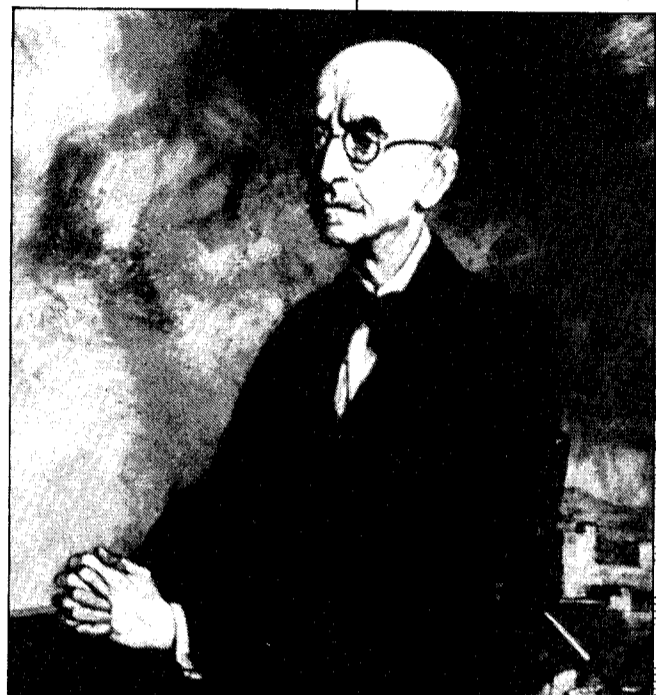
Coordinador: **Alfonso García**

Todavía resuenan en mi mente las palabras que el anciano presidente de la Real Academia de Bellas Artes de Granada me dijo en noviembre del año pasado sobre Manuel de Falla: «Don Manuel era un gran caballero». Y este recuerdo me mueve a escribir hoy sobre el músico español más

universal del siglo XX. Muy conocido a nivel popular por algunas de sus obras (El amor brujo, El sombrero de tres picos), lo es menos en otros aspectos de su creación musical y de su personalidad humana.

Apuntes sobre Manuel de Falla (1876-1946)

EL RETABLO DE MAESE PEDRO



Angel Barja

Manuel de Falla y Matheu nació en Cádiz el 23 de noviembre de 1876. Su primera infancia se caracteriza por una gran vivencia del mundo de la fantasía, aunque de estos años no tenemos demasiados datos seguros. Se dice que pasaba largos ratos oyendo a La Morilla, la criada de la casa que cantaba canciones y le relataba historias y leyendas. Su padre era comerciante, y su madre una buena pianista. Manuel tenía dos grandes aficiones: La literatura y la música. Fue su madre su primera maestra de piano, y luego —siempre en Cádiz— Parodi, Galluzo y Viniegra, entre otros.

Los horizontes de Cádiz le resultan muy pronto limitados y decide trasladarse a Madrid para regular sus estudios. En dos años —y dada la preparación que traía— consigue el Certificado de fin de carrera con excelentes calificaciones. Al mismo tiempo empieza para él la angustia de todo principiante que se siente muy dotado y que debe abrirse camino en el mundo de la música. Había compuesto ya diversas piezas cortas y escribe varias zarzuelas, género entonces muy de moda en la sociedad madrileña.

El momento trascendental en la juventud de Falla se produce en 1905, cuando se presenta al concurso organizado por la Academia de Bellas Artes con la partitura de «La vida breve». Gana el certamen, y en su drama lírico en un acto, tres cuadros y un intermedio le abrirá —años más tarde— las puertas grandes. Por estos años toma contacto con Pedrell en Barcelona; de Pedrell recibe valiosas orientaciones, que Falla recordará toda su vida.

En 1907 viaja a París, centro entonces de la vida musical europea, y conoce a los grandes músicos del momento: Paul Dukas, Debussy, Ravel, Florent Schmitt, Ricardo Viñes, Turina, Fauré, Albéniz, y se mete de lleno en el mundo musical parisino. Recibe ayudas y desengaños y empieza a ser conocido en Francia, Inglaterra y España. Su obra «La vida breve» se representa por primera vez en Niza, aunque poco adecuadamente. El verdadero éxito de ésta se produce en la Opera Cómica de París al año siguiente, el 7 de



enero de 1914, en gran parte por las gestiones realizadas por Paul Dukas.

Con el estallido de la guerra mundial, Falla vuelve a Madrid. Ahora trae consigo el éxito de «La vida breve» en París, y el Teatro de la Zarzuela acoge la obra, cuyo estreno en España significa la consagración de Falla entre sus compatriotas. En este año, 1914, se estrena «El amor brujo», primero en Madrid —sin éxito—, luego en Barcelona, que lo entiende mejor. Una nueva partitura, «Noches en los jardines de España», sale a la luz y es requerida por Diaghilev para sus célebres Ballets rusos.

Después viene «El sombrero de tres picos» y otras obras, que convierten a Manuel de Falla en un compositor buscado y admirado por intérpretes, colegas y público.

En 1920, Falla se instala en Granada, en la parte alta, cerca del Generalife, y vive con su hermana María del Carmen. Allí residiría durante más de quince años, recibiendo visitas de personas de todo tipo, especialmente artistas, entre los que sobresale Federico García Lorca, con quien le uniría gran amistad, incluso en tiempos en que Lorca publicó ciertas poesías que herían la sensibilidad suma-



mente religiosa de Falla. De hecho, la muerte de Lorca sería —años más tarde— uno de los mayores dolores de la vida de Falla.

Otro momento cumbre de la vida de Falla fue el estreno del «Retablo de Maese Pedro», ocurrido en Sevilla en 1923 y meses más tarde en Francia, en casa de la Princesa de Polignac, a quien Falla dedicó la partitura. A este estreno en Francia asisten las más altas personalidades de la música y la cultura, como Paul Valéry, Strawinski, Picasso, etc. La genial partitura del «Retablo» recorrería rápidamente el mundo, muchas veces con Wanda Landowska al clave. Precisamente a ésta dedicaría otra obra maestra, que es el «Concierto para clave y cinco instrumentos».

A partir de 1927, Falla se aísla cada vez más. El «pequeño español vestido de negro» como lo llamaban en París, entra en una preocupante meseta de silencio. compone poco y cada vez con más lentitud. Lo que más ocupa su mente es el fantasma de la «Atlántida», para cuya composición se pone a estudiar latín y catalán. Vive una temporada en Mallorca, con su amigo —y excelente músico— Mosén Thomás, compositor y director de la Capella Classica, que cantaría el Requiem de Victoria en el entierro de Falla.

Vuelto a Granada, Falla se siente cansado física y espiritualmente. Son los años anteriores a la guerra civil, y Falla parece sentir lo que se avecina. La muerte de Lorca, como ya dijimos, es para él un golpe durísimo. Falla quiere irse, aunque esto no ocurre hasta 1939, en que parte para Buenos Aires, acompañado por su hermana y algún amigo.

En Buenos Aires es muy bien recibido y acompañado por personas de calidad. Con todo, el bullicio de la gran ciudad le resulta insoportable y se establece muy pronto en un chalet de Alta Gracia, en Córdoba de Argentina. Sigue trabajando en la «Atlántida», aunque sin perspectivas de terminarla. El 14 de noviembre de 1946, su criada lo encuentra muerto en el lecho. Después de las honras fúnebres que le tributa Buenos Aires, su hermana lo traslada a Cádiz, donde recibe los últimos honores, el 9 de enero de 1947.

La personalidad humana y artística de Manuel de Falla están íntimamente unidas; en ambos aspectos estuvo guiado por la coherencia, la sobriedad y la honestidad. No es este el lugar para hacer un estudio de la obra musical del gran músico gaditano, aunque esbozaremos algunas de sus líneas estéticas fundamentales.

Manuel de Falla fue «quien dio una dimensión europea a la

música española», dice M. Carner. Aunque Falla es comúnmente considerado un nacionalista —es decir, un músico que parte en su obra de las raíces musicales propias de su país—, hay que decir muy pronto que lo sobrepasa ampliamente para convertir su música en universal y de creación estrictamente personal. En este sentido, Falla es hermano de Bela Bartok y de Janáček. A excepción de las «Siete canciones populares españolas», de 1922, son muy pocos los casos en que Falla utilizó temas populares: Alguna corta frase en «El sombrero de tres picos», dos melodías en el «Retablo de Maese Pedro». En incluso en estos casos el dato preexistente queda transfigurado en el conjunto. Las mismas «Siete canciones» suponen una enorme innovación en el modo de tratar la canción popular en aquella época, innovación que tuvo sus seguidores.

Manuel de Falla es, ante todo, un gran conocedor de atmósferas. Dentro de la gran economía de medios utilizados, consigue siempre el efecto preciso. Su música es obra de orfebrería: Escribe al notas justas en el momento justo, con un refinamiento exquisito y con total dominio del material sonoro. Sus orquestaciones están llenas de transparencia y ponen de relieve las características tímbricas de cada instrumento, consiguiendo un total sonoro de gran elegancia.

Aunque su catálogo de obras no es muy numeroso, se advierte a lo largo de los años una progresiva ascesis: De la pasión y sensualidad de obras como «El amor brujo» o «Noches en los jardines de España», llega a la estilización del «Retablo» y a la casi abstracción del «Concierto para clave y cinco instrumentos».

Por todo ello, Falla es un músico único e imitable; su voz se distingue entre millares. Con él, la música española remontó su alto vuelo, que había perdido hacia siglos, y se cumplió el gran deseo de su maestro Felipe Pedrell de retornar a la grandeza musical de España. En el fondo de todos nuestros músicos posteriores a Falla hay una amorosa luz encendida en honor del maestro, quien —con su vida y su obra— significó para todos un altísimo ejemplo de artista y de hombre.